

En tales circunstancias, no es de admirar que las proposiciones de paz partieran de la corte donde L'Hôpital no había cesado de predicar la reconciliación. Con gran disgusto de los embajadores de España y de Roma, firmóse en 23 de marzo de 1568 la paz de Longjumeau, que, además de la natural amnistía, restableció el edicto de Amboise en su primitiva forma sin las limitaciones que se le habían puesto. La nobleza regresó á sus hogares y las tropas extranjeras fueron licenciadas.

Los hugonotes habían realizado sus principales propósitos; pero á pesar de esto la paz de Longjumeau fué para ellos una desgracia; pues hubieron de reconocer que con el levantamiento de setiembre se habían enajenado la amistad de la reina madre y del rey. La masa del pueblo, ade-



Margarita de Parma, regente de los Países Bajos

más, se había declarado enemiga de los hugonotes, á causa de la rebelión y violencias de estos, de tal suerte que desde aquel momento comenzó en Francia la decadencia numérica del protestantismo. La mayoría de los franceses dejóse vencer por el señor de Montluc de que mientras hubiese en Francia dos religiones, no acabarían las luchas y los desórdenes en la nación. El número de hugonotes era en Francia, al terminar la guerra, de un millon, es decir, menos de la décima parte de la población. Los caudillos hugonotes hubieran debido aprovechar su momentánea preponderancia para apoderarse de las fortalezas y plazas seguras, que habrían podido servirles, ya de refugio en caso apurado, ya de base para nuevas operaciones.

El odio de los partidos religiosos se manifestaba en los folletos, caricaturas y epigramas, elemento que alcanzó entonces extraordinaria preponderancia.

En efecto, durante el siglo xvi la imprenta se extendió en Francia con gran rapidez. Los libros que contenían grabados eran comprados con ardor por la clase media, debiendo, por lo mismo, publicarse gran número de ejemplares. La mala pasión crecía con el deseo de conocer lo que aquellos libros notables contenían; así es que en aquella época tan agitada moralmente, se desarrolló un verdadero ardor por la lectura. También el pueblo tomó su parte activa en ello por medio de las baratas publicaciones que eran compradas á granel por los pequeños mercaderes, y entre las cuales había devocionarios, leyendas sagradas, novelas caballerescas, calendarios y manuales de cocina y medicina. Las imprentas de Paris, Troyes y Limoges eran, en Francia, las que mas trabajaban (1): durante las guerras de religion,

(1) Babeau, *La ciudad bajo el antiguo régimen*, pág. 483.

se imprimían y vendían folletos políticos y religiosos que eran los precursores del periodismo.

Los protestantes ya publicaban el retrato de Francisco II metido en la bolsa del cardenal de Lorena, con la siguiente inscripción: «Retrato del difunto rey, á quien tiene dentro de su bolsa el cardenal que solo le permite sacar la cabeza y las manos;» ya pintaban al Papa en forma de lobo, con la tiara en la cabeza y rodeado de los cardenales y obispos, cogidos en la red y en figuras de patos coronados (2). No menos mordaces fueron los epigramas que los protestantes lanzaron contra la misa, el Pontificado y los sacerdotes, y especialmente contra la familia de los Guisas. Los vendedores llevaban en sus balijas, en vez de fábulas y de historias mágicas, el gracioso «Descanso en la paz del purgatorio» de Viret ó «La cocina del Papa.» Además, las prácticas de la Iglesia católica fueron comparadas con las de los griegos y romanos, para tacharlas de paganas. Conrado Badio publicó el «Alcoran de los franciscanos,» en el cual la jactancia de los monjes mendicantes y los milagros por estos llevados á cabo se ponían al lado de los aparentes milagros de Mahoma (3). Contra el cardenal de Lorena, el mas odiado de todos los miembros de su familia, publicó Francisco Hotmann el terrible libelo «El Tigre,» muestra evidente de la apasionada crueldad con que los partidos se combatían mutuamente. Poco á poco los protestantes dirigieron también sus ataques contra Catalina de Médicis, á quien llamaban «la Jezabel,» de suerte que solo faltaba un paso mas para atacar á la misma monarquía. ¿Y por ventura no había dado ya la señal Estéban de Boetie en su «Contra Aquel,» violenta acusación contra la tiranía, «que solo se sostiene porque el pueblo mismo es el cómplice del asesino que le da la muerte;» elocuente llamamiento á la libertad «que es un bien tan grande y tan dulce que su pérdida supera á todas las calamidades posibles?» Estas tendencias democráticas tomaron pronto gran incremento aun entre los mismos católicos.

Estos se servían contra sus adversarios especialmente del púlpito, que entonces alcanzó gran importancia política, y desde el cual se predicaba la destrucción de los herejes y de cuantos no se mostraban enemigos de estos. También apelaban á la caricatura; así por ejemplo el arcediano de Saconay ponía de relieve en grabados y en sátiras los errores de los *hu-guenons* (joh monos!); y un fanático arquitecto representaba, en una iglesia de Tolosa, al padre Calvino, en la forma de un cerdo predicando (4). El mas temible adversario de los hugonotes era el gran poeta Ronsard, el cual amaba demasiado la tranquilidad, la paz y la vida de placeres, para que la Reforma y las vivas luchas poéticas nacidas de la animosidad permanente, no le sublevaran contra los hugonotes.

Los protestantes pronto conocieron cuán funesta debía serles la paz de Longjumeau: la corte, en vez de proceder al desarme prometido, puso fuertes guarniciones en las ciudades hugonotes. El rey Felipe II y el duque de Alba que, al vencer al protestantismo en los Países Bajos habían dado un brillante ejemplo, excitaban de continuo á la destrucción de la herejía y ofrecían para ello lo que llamaban su desinteresado apoyo. El papa Pio V exhortaba á Carlos á que purgara su reino de los herejes y alejara de su corte á los fatales consejeros. A estas exhortaciones se agregó la opinión del pueblo, pues, por motivos religiosos ó políticos ó perso-

(2) Champfleury, *Historia de la caricatura en tiempo de la Reforma y de la Liga* (Paris 1880) pág. 10 y 50.

(3) Lenient, *La sátira en Francia en el siglo xvi* (Paris 1866).

(4) Champfleury, obra citada, 89.

nales, la paz había ofendido los sentimientos católicos y todos se mostraban indignados contra los hugonotes, queriendo vengarse de ellos desde el punto en que los vieron desarmados. Las guarniciones fueron alojadas en las casas de los protestantes, los cuales se vieron además privados de ejercer sus prácticas religiosas y arrojados de muchas poblaciones, y en algunas asesinados. Mas de 10,000 hugonotes sucumbieron durante los tres primeros meses que siguieron á la paz, es decir, un número mucho mayor de los que habían perecido durante la guerra. El edicto de paz en parte no fué registrado, y en parte no fué observado por el Parlamento. Sin duda los hugonotes debieron sus anteriores victorias, mas que á su número, á su excelente organización. Los católicos decidieron imitarles en esto uniéndose para ir contra el edicto, formando, en la Borgoña, la hermandad del «Espíritu Santo» y, en la Champaña, la liga «real y cristiana.» Estas ligas se formaron contra todos, incluso los Borbones, y á excepcion de la familia reinante de los Valois. En su consecuencia, el cardenal de Lorena tuvo que reconquistar su perdida influencia, aun contra la voluntad del rey, débil corporal y moralmente.

L'Hôpital seguía oponiéndose cada vez mas tenazmente á los planes de la fanática reaccion, cuando el Papa vino al auxilio de sus aliados: el Pontífice aprobó el impuesto de 570,000 escudos de oro que el rey había señalado á los bienes eclesiásticos, con la condicion de que esta cantidad sirviera para combatir á los herejes; y cuando L'Hôpital, á quien desde hacia años tachaban los católicos de hugonote disfrazado (1), se negó á dar el pase á esta bula, Catalina le arrojó del poder. Catalina veía cuán fácil y decisiva había sido la victoria del catolicismo en los Países Bajos, y contemplaba además á los protestantes de Francia débiles y desarmados; así es que creyó llegado el momento oportuno de acabar con aquel manantial de desunión y de disturbios y con las fatales luchas religiosas. Dió pues orden de que se prendiera á los jefes del protestantismo, Condé y el almirante; pero habiendo estos buscado refugio, oportunamente advertidos, en la ciudad protestante mas fuerte, el puerto de la Rochela, estalló en agosto de 1568 la tercera guerra de religion.

Estos acontecimientos no se presentan aislados, pues en aquel mismo tiempo la reaccion católica dominó en los Países Bajos y comenzó á dejarse sentir en Alemania. Por todas partes, la Europa todavía católica se alzó contra la hasta entonces victoriosa Reforma; y para resistir estos ataques, los protestantes franceses y los de los Países Bajos concertaron una alianza.

Los caudillos del protestantismo se reunieron en La Rochela, viéndose muy pronto rodeados de nobles guerreros. Los hugonotes, siguiendo su enérgico sistema tomaron en seguida la ofensiva, conquistando en pocas semanas casi toda la parte Sudoeste de Francia, y logrando reunir, en el Languedoc, un ejército de 15,000 hombres.

Entonces la corte creyó oportuno adoptar algunas medidas de violencia; así es que un edicto de 28 de setiembre declaró prohibido todo culto que no fuese el católico, castigando á los transgresores con la muerte y la confiscación de bienes. Los sacerdotes protestantes fueron desterrados, con orden de salir de Francia en el término de 14 dias; y los hugonotes que desempeñaban algun cargo en la administración de la justicia ó de la hacienda fueron declarados cesantes. El partido de L'Hôpital, ó sea el moderado, el tercer partido, como se le llamaba entonces, quedó completamente vencido, siendo exonerado su jefe de la dignidad de sacerdote. Había

(1) *Papeles de Estado de Granvella*, IX, 314.

comenzado la lucha que, á pesar de una larga resistencia, había de acabar con el protestantismo francés.

Los hugonotes recibieron auxilios de Inglaterra de donde les fueron enviados 100,000 escudos y un gran número de buques de guerra, con los cuales los ingleses destruyeron por completo el comercio francés. En el Rhin, el conde palatino Wolfgang de Dos Puentes reunió un ejército de 16,000 hombres.

Las fuerzas reales estaban mandadas de nombre por el hermano del rey, el duque de Anjou; pero de hecho su jefe era el mariscal Tavannes, uno de los mas fanáticos católicos. Antes de que Condé pudiera juntarse con el conde palatino,



El cardenal Granvella. Copia de una medalla de la época

vióse, en Jarnac, atacado por el ejército real. Su infantería se encontraba algo léjos y no llegó hasta despues de terminada la batalla: así es que la caballería fué completamente derrotada; La Noue fué hecho prisionero, y lo peor fué que Luis de Borbon Condé pereció en la refriega (13 de marzo de 1569). Contaba este entonces 39 años de edad, y á pesar de su vida de placeres y de ambición personal, estaba poseído de entusiasmo por la causa de su religion.

Esta derrota y la muerte de Condé desanimó de pronto á los protestantes, al paso que regocijó en alto grado á los católicos; el papa Pio V excitó á la corte á que persiguiera á los enemigos hasta exterminarlos y llegó á aconsejarla la muerte de los prisioneros. Pero el de Anjou no hizo nada para explotar convenientemente su victoria, antes al contrario perdió un tiempo precioso poniendo sitio á pequeñas fortalezas. Por otro lado la intrépida Juana de Navarra, viuda del rey Antonio muerto en Ruan, no cesaba de animar á su partido, presentándose en el campamento de los protestantes para darles un nuevo caudillo en la persona de su hijo Enrique de Navarra que á la sazón contaba diez y seis años.

Este príncipe, que despues fué el rey Enrique IV, había nacido en 13 de diciembre de 1553, en el antiguo y sombrío castillo de Pau, á la falda de los Pirineos; la educacion que recibió en sus primeros años fué en extremo sencilla; corría por las montañas con los jóvenes pastores, y el pan moreno, la carne de vaca, el queso y los ajos constituían su alimento. Con esto su cuerpo adquirió extraordinaria robustez y se acostumbró á todas las fatigas. Mas adelante, el joven príncipe fué llevado á Paris donde hombres instruidos y de gran valía se encargaron de su educacion. Dotado de escaso talento,

La indignación con que los españoles y el apasionado Pío V recibieron la noticia de la paz de San German muestra de un modo harto claro cuán descontentos quedaron de ella. La política exterior de Francia sufrió un cambio notable, volviendo á su verdadero camino, y poniéndose en abierta oposición con la casa de Habsburgo, y especialmente con España, á pesar de haberse casado Carlos IX con Isabel de Austria, hija del emperador Maximiliano II. La Francia creía ver su mas terrible enemigo en el rey católico: Carlos IX supo rechazar sus reconveniones diciendo, en cierta ocasion: «Gracias á Dios, ahora ya soy hombre y como tal dirigiré por mí y ante mí los asuntos de mi reino.» La alianza que Felipe II formó con el Papa y con Venecia contra los turcos aumentó la antipatía que hacía él sentía Francia, pues los franceses creyeron que aquella alianza se habia formado para ir además contra todos los adversarios del catolicismo. Entonces se entablaron amistosas relaciones con los protestantes alemanes y se buscó el apoyo de Inglaterra, la enemiga mas encarnizada de España. Mas funesto fué todavia para el rey católico el apoyo que Francia prestó á los rebeldes de los Países Bajos, cuya sumision consideraba Felipe como la mas importante tarea de su gobierno.

CAPITULO IV

SUBLEVACION DE LOS PAISES BAJOS

Margarita de Parma.—Granvella.—Guillermo de Orange.—La alta nobleza contra Granvella.—Decisiones violentas de Felipe II.—Oposición de la baja nobleza.—Compromiso de los nobles.—Los «Mendigos.»—La destruccion de imágenes.—Sumision de los rebeldes.—Fuga del de Orange.—El duque de Alba en los Países Bajos.—Ejecucion de Egmont y Horn.—España y los turcos.—Sitio de Rodas.—Levantamiento de los moriscos.—Felipe II y el Papado.—Batalla de Lepanto.—Don Carlos.—La catástrofe de Don Carlos.—Felipe II en la mitad de su vida.—El Consejo.—Los ministros.

Las diez y siete provincias de los Países Bajos habian sabido conquistar, aunque un tanto debilitadas, sus libertades tradicionales, á pesar de todas las guarniciones españolas. Europa entera las admiraba porque conquistadas al mar despues de luchas casi constantes, compuestas en su mayor parte de terreno yermo y con un clima frio, húmedo y pesado, habian sabido, con su infatigable actividad y su inteligencia, llegar á ser la comarca mas rica del mundo. Sus habitantes no se mostraban afables para con los extranjeros, de suerte que los venecianos de aquel tiempo los calificaban de frios, extravagantes, avaros y cabardes; á pesar de lo cual nadie podia negar su poder y habilidad. Los extranjeros solo habian podido conocer la parte exterior de la vida de aquellas poblaciones, sin suponer que detrás de esta habia un gran caudal de pasión, un gran amor á la religion, á la patria y á la libertad, y una extraordinaria energía, cualidades que distinguian á unos hombres, en apariencia tan frios y tan mezquinos.

A pesar de todos los esfuerzos de Carlos I habian logrado conservar, á lo menos de derecho, la mayor parte de sus privilegios, los cuales habian alcanzado su mayor desarrollo en Brabante en el pacto de *Joyeuse Entrée*, que cada nuevo soberano debia jurar, antes de hacerse cargo de la provincia. En este pacto se aseguraba á los brabantinos un procedimiento judicial ante los respectivos jueces, y se establecia que solo los brabantinos podian ejercer cargos públicos en la provincia, y que el clero no podia aumentar su poder y consideracion mas que con el consentimiento de las demás clases. En caso de violacion de la ley por el príncipe, quedaban los brabantinos relevados de toda obediencia. Análogos

privilegios tenian los enérgicos habitantes de Holanda y de otras provincias.

En España y en Italia Felipe II habia extinguido en las hogueras la Reforma, pero los habitantes de los Países Bajos no se dejaron arrebatar tan fácilmente sus derechos y creencias. Al tomar Felipe posesion del trono, la Güeldres y la Holanda estaban llenas de protestantes, siendo la ciudad mercantil de Amberes, al Sur, el centro desde el cual se propagaban las nuevas doctrinas por el Brabante y la Flandes francesa (1). Tambien allí habian intentado fundar su dominacion los calvinistas, en su mayor parte ginebrinos y franceses; pero en el año 1561 triunfaron ciertas doctrinas que tendian á una estrecha alianza con los luteranos alemanes. De todos modos, ninguna provincia se veia libre de la herejía, y no eran pocos los señores notables que profesaban las creencias luteranas ó reformadas.

Felipe II, en cambio, desde que ciñó la real corona puso su mayor empeño en combatir la herejía en los Países Bajos. Mientras duró la guerra, no pudo ejercer en este sentido influencia alguna, viéndose obligado á restablecer la paz; pero además de ello queria unir fuertemente aquellas comarcas libres con el poder central, para lo cual envió allí á consejeros fieles, de origen extranjero, y dejó en ellas despues de la paz tropas españolas contra lo que disponian las leyes fundamentales de los Países Bajos.

Cuando despues tuvo que salir de estas provincias para combatir en España á los protestantes y contener la amenazadora invasion del Islam, confió la regencia del país á su hermana natural, la duquesa Margarita de Parma (hija de Carlos I y de una flamenca), dama de instintos varoniles, como la mayor parte de las mujeres de esta casa española y como todas las de aquella época en que tanto abundaba, aun entre las princesas, la firmeza de carácter. De aspecto varonil, con un ligero bozo en el labio superior (2), y varonil tambien en sus costumbres, pues unos de los ejercicios de que mas gustaba era la caza, poseia además una rápida y profunda percepcion, un extraordinario espíritu de empresa, y una energía á toda prueba. Ya se comprenderá que siendo, como era, su confesor Loyola, la duquesa era católica ferviente: leal en extremo á su hermano, era querida por los habitantes de los Países Bajos que la consideraban como compatriota suya, pues entre ellos habia sido educada. Habíasele dado como consejero principal á Granvella, obispo de Arras, cuya dureza pareció á propósito al rey, para dominar á los protestantes. Contaba Granvella cuarenta y tres años y era un hombre sumamente instruido: hablaba siete idiomas; sus conocimientos en derecho civil y económico eran la admiracion de todos, y veneraba los planes absolutistas y político-religiosos de su soberano. Su afición al trabajo era extraordinaria; quizás no ha habido otro ministro que escribiera tanto como aquel hombre que podia á la vez dictar á cinco secretarios en cinco idiomas distintos (3).

Además la regente presidia un Consejo de Estado compuesto de los hombres mas notables del país y de los mas altos funcionarios españoles. A pesar de todo, Felipe II tenia cercados á la regente, á sus mas fieles consejeros y á los hombres mas influyentes del país por un verdadero ejército de espías, los cuales, conforme á lo que siempre acontece, llevaban al ánimo del rey la desconfianza contra todos aquellos personajes.

(1) Rahlénbeck, *La Inquisicion y la Reforma en Amberes* (Bruselas 1837) pág. 26.

(2) Strada, I, 42.

(3) Gachard, *Correspondencia de Felipe II sobre los asuntos de los Países Bajos*, tomo II, pág. LXIX.—Teodoro Juste, *Los Países Bajos en tiempo de Felipe II*, tomo I, pág. 230.

Desde un principio, tuvo que luchar la regente con grandes dificultades: los naturales de los Países Bajos estaban indignados por la sangrienta prevencion de que eran objeto los adeptos á las nuevas creencias y por la presencia de tropas extranjeras en su territorio, cosas ambas que ellos consideraban incompatibles con la letra y el espíritu de su Constitucion. Cuando Felipe se hubo alejado definitivamente de aquel país, parecióles el gobierno español una dominacion completamente extranjera, y el espíritu belicoso del calvinismo, que poco á poco iba sustituyendo al luteranismo, inclinaba cada vez mas los ánimos á la resistencia. La indignacion del pueblo recaia principalmente sobre Granvella, en quien se veia al causante de todas las violencias impopulares. Los notables, la mayor parte de los cuales, mas por ambicion que por conviccion, deseaban la libertad política y religiosa, fomentaban el descontento con la esperanza de que una vez caido el poderoso ministro, tomarian ellos las riendas del gobierno. Durante la dominacion de Carlos I habian tenido participacion en la direccion del reino y del ejército, y á la sazón se veian postergados á los españoles; de aquí que se pasaran á la oposicion territorial, y que quisieran hacer del Consejo de los Estados de los Países Bajos, donde eran mayoría, una potencia, cuando en tiempo de Carlos I no habia sido mas que un aparato.

Al frente de los descontentos estaba Guillermo de Nassau, príncipe de Orange (1), el cual habiendo nacido en 1533, de una rama pobre de esta casa, se habia enriquecido con la considerable herencia de su primo Renato, que le habia dejado el principado de Orange, al Sur de Francia, y Breda, Diest y otras posesiones en los Países Bajos (1544). Sus padres eran fervientes luteranos, pero le colocaron de paje de Carlos I, el cual le educó católicamente. Su precoz inteligencia y su tacto diplomático, unidos á no comunes conocimientos y á su noble porte, gustaron extraordinariamente al emperador, que le mostró en todas ocasiones su preferencia, le casó con una rica heredera y á la edad de veintinueve años le puso al frente de un ejército de 20,000 hombres. Tambien se sirvió de él en algunos negocios secretos de Estado, de suerte que Guillermo recibió una completa educacion política. A pesar de sus pocos años, poseia el arte de saber ajustar su conducta á sus fines políticos. Circunspuesto en su porte, procuraba en todas partes granjearse amistades por su amabilidad y dulzura; así es que, á pesar de ser extranjero, era muy estimado del pueblo de los Países Bajos; mas para los alemanes era mas simpático que para los franceses y los españoles. Su lenguaje era mesurado, amable y desapasionado y sus palabras reflejaban un espíritu claro y penetrante. Cierto que Guillermo tenia ambicion, pero estaba íntimamente enlazada con el amor á su patria y con sus humanitarios sentimientos, y no pensó nunca en apelar, como era tan comun en aquel tiempo, á la mentira y al engaño para servir á sus fines. El príncipe de Orange habia roto con Felipe desde el momento en que este se hizo cargo del gobierno en 1556, á pesar de lo cual el rey le habia hecho entrar en el Consejo de Estado, honrándole además con la distinguida orden del Toison de oro, si bien es verdad que Felipe llevó á cabo estos actos por mandato de su padre, el emperador.

Felipe II se habia mostrado siempre con él personalmente frio y poco afable, tratándole al poco tiempo con aquella desconfianza con que miraba á los hombres de los Países

(1) Teodoro Juste, *Guillermo el Taciturno* (Bruselas 1873). *Guillermo I de Orange*, obra póstuma de K. L. Klose de H. Wuttke (Leipzig 1864). Obra científica y meditada, aunque un tanto árida y atrasada, á causa de los nuevos materiales que entre tanto se publicaron. Véase J. J. van der Horst, *Het huwelyk van Willem van Oranje met Anna van Sassen* (Amsterdam 1853).

Bajos, y guardándose de tratar con él de los públicos negocios. A causa de esto, procuró el de Orange crearse una posicion independiente al lado del soberano, y aun contra la voluntad de este, y consiguió hacerse un aliado en el conde de Egmont, el por todos celebrado y admirado vencedor de Gravelinas. Lamoral de Egmont era un buen soldado, pero su excesiva candidez le hacia ser un mal político y le impedia conocer á fondo á sus compañeros, mas aventajados que él. Mientras Egmont hacia la oposicion solo por el deseo de adquirir en el gobierno la influencia que él creia serle debida á él y á la alta nobleza, el de Orange se proponia destruir el régimen absolutista y clerical que los españoles habian implantado en los Países Bajos: objeto que solo paulatinamente y despues de muchas peripecias podia verse realizado (2).

Una de las principales causas de descontento era el nuevo sistema de administrar la Iglesia que Felipe II introdujo en 1561 en los Países Bajos. En ese extenso y poblado país no habia mas que cuatro obispados; pero Felipe II, con el consentimiento del Papa y para mejor mantener la disciplina eclesiástica, creó 14 obispados mas, entre ellos cuatro arzobispados. Esta innovacion no tenia en sí nada de particular, pero los habitantes de los Países Bajos, en su desconfianza contra todo lo que de España procedia, creyeron que iba encaminada á introducir en el país con el sistema eclesiástico español la Inquisicion. Esta medida se oponia además á la *Joyeuse Entrée* de Brabante. Los magnates temieron que los obispos mermaran la consideracion de que ellos gozaban; y lo cierto es que Felipe, al introducir tal reforma, se proponia dominar mas fácilmente el espíritu de independencia política y religiosa. Los abades, cuyos monasterios debian ser cedidos á los nuevos obispos, protestaron con calor; y las circunstancias de que Granvella, principal promovedor de esta innovacion, y obispo hasta entonces de Arras, recibiera, con el arzobispado de Malinas, la dignidad de Primado y considerables rentas, y de que él, servidor sumiso de los despóticos planes de Felipe, uniera al supremo poder espiritual del país el poder temporal, contribuyeron poderosamente á aumentar el disgusto y los temores de los flamencos.

Mientras en la parte mas rica de los dominios de Felipe crecia el descontento, el rey celebraba (1560) sus terceras nupcias con Isabel de Francia, que á la sazón contaba 14 años, y que era una jóven viva, ingeniosa y bella, por mas que su hermosura no fuese tan extraordinaria como se ha querido suponer (3). Felipe no la amó nunca y la afligia con sus infidelidades, sin que ella se atreviera á manifestar públicamente sus penas. En el propio año de 1560, trasladó Felipe su residencia de Valladolid á Madrid, que por este hecho pasó á ser capital de España, y que fué una creacion artística del capricho despótico en una comarca árida é insalubre (4).

La opinion pública era en los Países Bajos cada vez mas desfavorable al rey. Las victorias conseguidas en distintos hechos de armas por los calvinistas franceses llenaron de

(2) Koch, en sus *Investigaciones sobre el levantamiento y separacion de los Países Bajos de España* (Leipzig 1860), conviene en que Orange, especialmente en la primera parte de su vida pública, no carecia de duplicidad. Pero esto dependia del carácter de la época, pues sus adversarios no eran mejores. Este mismo tema ha sido recientemente reproducido con gran parcialidad y exageracion por Kervyn de Lettenhove (*Bulletin de l'Académie de Belgique* 1881, tomo II, pág. 137). El epíteto de *el gloton* con que le apellida en la misma publicacion Alfonso Wauters, es igualmente injusto.

(3) *Relaciones de Pablo Tiépolo y de Juan Soranzo* (Alberi, I, V, 72, 119).

(4) No habia tal insalubridad. Felipe II la escogió por dos razones, primera por su salubridad y despues por estar en el centro de España. (N. del T.)